

ella, en ella, se enchufan las máquinas técnicas. La tercera especie de máquina, la máquina social tiene como piezas lo que llamamos hombres. Al nivel etnológico, estas máquinas se repercuten como promitismo, despotismo y capitalismo. Y así, en suma, "sólo hay deseo, y lo social, y nada más". Bien entendido que la producción social, a su vez, es tan sólo la producción deseante en condiciones determinadas.

Tal reduccionismo, ¿es mecanicista —máquina— o vitalista-deseante? Los autores se apoyan en Monod para afirmar que en las síntesis a nivel molecular, la oposición mecanicismo-vitalismo carece de sentido. "Máquinas" sí, pero sin "estructura" e igualmente sin "organización"; funcionamiento del azar que, captado, conservado, se convierte en necesidad. El "inconsciente genético" de Szondi, por otra parte, ha llevado a los genes mismos lo que

ilustración de esta concepción esquizofrénica de la realidad— en la cabeza del hombre, una manga o una caracola, o haciendo que él mismo se la desprenda del cuello para colgarla en un perchero, convirtiendo cualquier parte del cuerpo en pieza de unión con lo más inesperado. Yo, para ilustrar este libro, habría preferido cualquier dibujo de Hermano Lobo o del mismo TRIUNFO, a la reproducción del "Boy with Machine", de Richard Lindner, con la que se encabeza, y que encuentro demasiado mecanicista. (La "mecanización general de la especie" es reproche que se hace al Antiedipo.)

La famosa "muerte del hombre" no sería ya, entonces, el final de una época, sino el intento de volver al principio antes de que el mito del hombre surgiese. La vuelta al origen es la ruptura de los canales de individuación, el viaje continuo que pasa de un yo

otras, bisexual, polisexual. Los autores reproducen estas palabras de Lawrence: "Una mujer no representa algo, no es una personalidad distinta y definida... Una mujer es una extraña y dulce vibración del aire que avanza, inconsciente e ignorada, en busca de una vibración que le responda... Y lo mismo ocurre con el hombre". Las imágenes-modelo de que él mismo hablaba, madre, novia, querida, esposa, santa... rica y pobre, son dependencias de Edipo, y ningún "frente homosexual" será posible, en tanto que la homosexualidad sea captada disyuntivamente a la heterosexualidad, y referidas ambas a su común origen edípico. En realidad, la antropomorfización demanda la familiarización, la constitución de la "Sagrada Familia", como con reminiscencia, más literal, de otra ironía bien conocida, dicen los autores, y en ella la edipización, la constitución del triángulo edípico, el "sucio secretito" con los papás.

Freud, reconocen los autores, tuvo el mérito de descubrir la "libido", lo que los autores, marxistas más allá del marxismo establecido, llaman la "producción deseante". Y también desmontó el hombre en sus piezas, ello o id, ego y super-ego. Mas, a imitación de los griegos y, por cierto, reduciendo sus proporciones, levantó en seguida un "teatro privado".

El psicoanalista se convirtió en director de escena de una representación a medio camino entre la tragedia y el vaudeville de ménage à trois, y le dijo al protagonista: "Déjate edipizar". El "mundo de producción salvaje y de deseo explosivo" fue sometido a orden, dentro de la tensión familiar como, por lo demás, ya lo hemos visto, la sexualidad fue sometida a genitalidad, y las fases sexuales no reproductivamente genitales, condenadas no ya abiertamente como "pecaminosas", lo que pasó de moda, sino como "inmaturas". Al psicoanalista le encanta hacer representar sobre el diván, en la cuasi-alcoba, cuasi-confesionario de su gabinete, una situación teatral que "representa" lo que el protagonista habría tenido que ver de niño —y se le hace ahora retro-ver a través de un ojo de cerradura abierto por el propio director de la escena— en aquella otra lejana alcoba de los papás. El psicoanalista, concluyen los autores, ha preferido "un teatro íntimo en lugar de la fábrica fantástica, Naturaleza y Producción".

En uno de los primeros artículos de la presente serie, reproducía yo aquel juicio del vienés Karl Kraus, contemporáneo de Freud, sobre el psicoanálisis: "El psicoanálisis es esa enfermedad espiritual que él mismo pretende curar". Deleuze y Guattari suscribirían este juicio. El psicoanálisis es una enfermedad y para curarla propone el esquizoanálisis. El próximo día hablaremos de él. ■

JOSE LUIS L. ARANGUREN

LA METAFISICA DE LAS MAQUINAS DESEANTES

Freud ponía en relación con el ego, y Jung más allá del super-ego. Es sólo al represarse la máquina en una estructura, el deseo en un organismo, la función en una sociedad, cuando, al nivel molar, pueden surgir como máquinas cerradas en sí mismas, únicas, el individuo, la familia, etcétera. En realidad, no hay máquinas únicas: todas las máquinas están conectadas unas con otras, de tal modo que aislarlas hacia "fuera" y unificarlas hacia "dentro" —"identidad" de cada hombre, por ejemplo—, no pasa de ser una convención, una arbitraria visualización que privilegia unas conexiones y unas disyunciones determinadas para configurar así, recortado y fijado, el mundo "sano" y "consciente" en el que los más hemos decidido vivir.

Los más, pero no todos: los "mejores", los "esquizofrénicos", no. La esquizofrenia es para los autores justamente la apertura —o el intento de apertura, y su fracaso, y la vuelta a empezar— del encierro; la ruptura del dique, para volver a dejar correr el flujo, no "molarmente", como la masa de un río, sino esparciéndose a través de los más diversos circuitos, enchufando, como en el humor negro que ahora está de moda —y que, como insinúan los autores, página 329, es la mejor

a otro, porque son meras máscaras, vestidos de poner y quitar, efímeras reencarnaciones, formas que se deshacen solas. "La verdadera salud mental —ha escrito R. D. Laing— implica de un modo o de otro la disolución del ego normal". Cuando Fernando Savater en su bien compuesta retórica "Apología del sofista" (2) pone a su voz, sucesivamente, los nombres de Nietzsche, Hippias, Sade, Borges, Beckett, Lovecraft, el de cualquier esquizofrénico y, en fin, el suyo propio, se entrega de lleno a esta disolución. Cuando algunos de nosotros hemos confesado nuestra "infidelidad", lo hacemos moderadamente.

Del mito del Hombre al mito de Edipo no hay, a través del sexo, más que un paso. Amor, en la concepción antropomórfica, es el amor hombre-mujer, ciertamente con todas sus perversiones y todas sus culpabilidades. Pero amor o sexo no-humano es el de las flores, bisexuado, pero con los dos sexos incommunicados, y que una tercera máquina ha de poner en comunicación. El esquizofrénico no es hombre y mujer, sino hombre para unos hombres, mujer para otros, mujer para unas mujeres, hombre para

(2) Apología del Sofista y otros Sofismas. Taurus Ediciones. Madrid, 1973.

ERA importante que se tradujera al castellano el libro de Gilles Deleuze y Félix Guattari, El Antiedipo, capitalismo y esquizofrenia (1). Se trata de la más ambiciosa y, a su modo, sistemática construcción metafísica contemporánea bajo especie psicopatológica. Sabido es que, tras la cesión de hace unos años, el estructuralismo, ha generado, está generando, una metafísica fabulosa, y empleo la palabra deliberada aun cuando no peyorativamente. Nietzsche y Marx —un Nietzsche y un Marx leídos a la francesa— son el primero provocador y el segundo legitimador de este movimiento. Mucho más cerca, Deleuze y Guattari, creen encontrar en Jacques Monod el pertinente aval científico. El producto, final por ahora, es esta obra, no sólo antiedípica, como reza el título, sino también, mucho más radicalmente, antihumanística o ahumanística, cuya inspiración viene, claro, de Foucault, pero que los autores han superprestigiado trayendo a punto la cita de Marx según la cual, el que niega a Dios sólo hace "algo secundario", pues niega a Dios para colocar al hombre en el lugar de Dios.

Ahora, en esta concepción, el hombre es sustituido por la "máquina deseante", sin otro sujeto que la pulsión que establece conexiones y asimismo disyunciones. En efecto, la máquina sería, simplemente, un "sistema de cortes" del flujo material, continuo de la "libido" freudiana o "deseo". El deseo —subrayan los autores en diálogo dentro del marxismo— forma parte de la infraestructura, y es, por tanto, muy anterior a su formalización antropológica. Cada máquina deseante está conectada a otra, de la que procede aquel flujo que ella viene a cortar y, cortándolo, a configurar.

La unidad originaria del deseo y la producción —"máquina deseante"— en que consistiría la realidad, es la Tierra. La máquina territorial es la primitiva. Sobre

(1) Barral Editores. Barcelona, 1973.